

SE PUBLICA LOS JUEVES
VEINTE CÉNTIMOS

Los Apuntes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALCALÁ, 127, PRAL.

DIRECTOR: ENRIQUE LÓPEZ MARIN

AÑO I

Madrid, 19 de Julio de 1894.

NUM. 2

BARAJA ARTÍSTICO-TEATRAL



EL AS DE OROS

Con el *As de oros* que lleva el retrato de la eminente *Maria Tubau*, comenzamos la publicación de este álbum artístico que independientemente de *Los Apuntes* teníamos en proyecto desde principios de año. A medida que los dibujantes vayan terminando sus trabajos, iremos dándoles publicidad y habrá números que lleven cuatro ó cinco cartas.

La baraja estará formada únicamente con retratos de actrices, autores, compositores, pintores escenógrafos y actores.

La colocación de los retratos y la publicación de las cartas, la ha determinado un sorteo. Nosotros ni hemos dispuesto sitios ni orden de publicación.

Una vez terminados los cuarenta clichés, haremos la edición de lujo en cartulina y tendremos el gusto de enviar un ejemplar á cada una de las personas cuyos retratos formen el álbum. Sirvan estas líneas de recordatorio á cuantos nos hemos dirigido en demanda de fotografías, para que nos dispensen el obsequio de enviárnoslas lo antes posible.

IMPORTANTE

NUESTROS lectores podrán apreciar la notable diferencia que existe entre el número primero que hemos publicado y el que hoy sale á la calle.

Muchas circunstancias, del todo ajenas á la voluntad de la empresa, influyeron para que el primer número, no correspondiese, ni á su aspiración ni á su deseo. Como por este camino el éxito hubiese sido muy dudoso, la empresa acordó suspender la publicación y darla un giro completamente distinto, imprimiéndola nuevos derroteros é introduciendo reformas considerables, que el público ha de apreciar en la medida de su éxito; pero como esta variación, esta nueva organización, necesitaban tiempo, tóvose que retrasar la salida del segundo número para poder llevarlas á cabo.

El texto encomendado á las mejores firmas, y la parte artística, de la que se encargarán, los más notables dibujantes, harán de nuestro periódico, uno de los mejores de su clase. Y hecha esta pequeña aclaración de lo ocurrido, y contando con la ayuda del público, no es mucho suponer que llegaremos á feliz puerto.

Es cuanto tiene que manifestar á ustedes.

LA EMPRESA

CHARIVARI

Nuevos accidentes ferroviarios.—Lo que había que hacer.—Capellanes del Norte y del Mediodía.—La política en traje ligero.—Lo que piensa Godínez y escribe Besuguez.—La firmeza Hidráulica.—Lo que comen los anarquistas.—Colmos.

EN esta semana han ocurrido varios accidentes en las vías férreas.

A la mayoría de las gentes no nos ha causado impresión, porque ya estamos tan acostumbrados...

Y es un placer hasta cierto punto salir con el completo de Madrid, y dejarse las costillas por esas estaciones á guisa de recuerdo y á modo de reliquia, para que los viajeros siguientes puedan admirarlas.

Yo creo que sería muy conveniente para poner todas las cosas en su punto, que al mismo tiempo que el viajero toma billete, tuviera derecho á llevar un sacerdote para los momentos más críticos.

Y sería también muy útil la creación de un cuerpo especial de presbíteros ferrocarrileros que prestaran su servicio en todas las estaciones.

En los apeaderos bastaría con un sacristán.

Y como consecuencia de todo esto, la colocación de cementerios en toda la línea para mayor comodidad, y así oiríamos en muchas estaciones:

¡Villagorda, dos minutos y cementerio!

La política española se encuentra en el actual momento histórico (ó *histérico*, como decía una patrona que yo tuve en Socuéllamos), en traje de baño.

Todos los que manejan la *cosa pública*, han abandonado después de una serie de vivas interminables, á la corte, y se han dirigido á las hermosas playas del Cantábrico; donde por la mañana se pasean en traje modesto y sencillo para que digan las gentes:

—¿Ves aquel señor que va sin camiseta?

—Sí.

—Pues es el diputado por Azuqueca, que es muy corriente.

Esta es la época de las *interviews*, y no hay hombre más ó menos público que no se vea confesado por cualquier Besuguez, confesión que luego publican los periódicos con pomposos títulos.

INTERVIEW CON GODÍNEZ

Lo que piensa Godínez.—Lo que calla Godínez.—Habla Godínez.—Godínez discrepante. Tiene razón Godínez.

Y resulta que Godínez no ha dicho una palabra de particular, ó si ha dicho algo es que le gustan los huevos fritos.

Desgraciadamente la anarquía sigue con planta sólida su marcha.

Todos los burgueses estamos amenazados muy seriamente, y yo en particular, pues ayer me envió el presidente de *La firmeza hidráulica*, sociedad fundada para repartir bombas ocultas en los cestos de los panaderos, la siguiente invitación para un banquete:

ARROYO ABROÑIGAL:

MERENDERO DE LA ANTORCHA DE LA CIVILIZACIÓN

*Sopa de fideos de fraile y de monja.
Tortilla de riñones de rico.
Hígado á la burguesa.
Truchas á lo ministro.*

Vinos.

Sangre capitalista.

Entremeses.

*Salchichón de Consejero de Estado.
Embuchado de los patronos.
Mortadella eclesiástica.*

Nota. Por acuerdo del comité central, queda suprimida la vajilla.

Colmos:

El de un padre: Perder las niñas de sus ojos.
El de un casero: Desahuciar á un moribundo.
El de un saltarín: Saltarse un ojo.

JORGE FLORIDOR

FRAGMENTO

DE LA ESCENA DE LA LAVANDERA EN LA OBRA "ESPAÑA"

LAVANDERA. Yo nació...
D. JOSÉ. ¿Como una *náyade*?
LAVANDERA. No, señor, como una *nada*,
ó mejor, como una *nadie*.
Un día del mes de Enero
más frío que un ¡*Dios te ampare!*
y más triste que un responso,
y más negro que mis males,
ahí, sobre una cama de esas
me dió á luz mi pobre madre.
No tuve nunca otra cuna,
y si me ví entre pañales
al nacer, fué... porque sí,
prestados, ó para hablarle
con más verdad, usurpados
á los hijos de los grandes.
Al arrullo de esas aguas
me dormía como un ángel,
que mi madre no tenía
ni aun tiempo para arrullarme.
Y como que aquí he nacido
y en esos limpios cristales
se reflejan mis venturas
lo mismo que mis pesares,
y aquí gano el pan que como,
y de aquí no sé apartarme;
el día menos pensado
que de esta vida me canse...
¡cataplum! me echo en las aguas
de mi viejo Manzanares,
¡y vuelve otra vez la hija
á los brazos de su padre!

CEFERINO PALENCIA

HOJAS SUELTAS

I

En las negras pupilas de tus ojos
vive toda la luz de mi esperanza;
y en el dulce calor de tu sonrisa
todo el calor que necesita mi alma.
Lo eres para mí todo, la ventura,
la fe, la dicha, la ambición soñada,
¡todol... y eres mujer. Y aun hay quien dice
que es juego propio sólo de la infancia
eso de hacer castillos con los frágiles
naipes de una baraja.

II

Tu madre, que te adora,
aún cree en tu virtud. ¡Pobre señora!
¡Creer en tu virtud!... Mas no es extraño
que viva en tal engaño
quien durante veinte años ha creído
en la fidelidad de su marido.

III

Yo te he visto reír y era la risa
sobre tus labios húmedos y frescos
un preludio de amor instrumentado
por un chico travieso.
Te he oído suspirar y era el suspiro
que á mí traía tu agitado aliento,
una esperanza envuelta en un perfume,
una promesa que se vuelve beso.
No te he visto llorar; y en ver tu llanto
se cifran mi ambición y mi deseo.
Yo quiero que una lágrima, una sola,
brote del fondo de tus ojos negros,
y después de rodar por tu semblante
se detenga en tus labios entreabiertos.
¿Sabes por qué la pido, vida mía,
y para qué la quiero?
Pues oye. Para hurtarla de tu boca
con un beso de amor: sólo para eso.

IV

Dicen que no tienes alma.
Para lo que yo te quiero
maldito si te hace falta.

JOAQUIN DICENTA



Pues señor, aquí, en confianza, no sé lo que me pesco.



Que me vengan á mí con pintorcitos detallistas... treinta y cuatro pelos tiene en la barba; ni más ni menos.



Hace cuatro meses vino de Galicia,
y hoy ya la conoce toda la milicia.

TRES SONETOS

I

SAÑA

No te quiero matar, porque esto es poco
para vengar la ofensa que me has hecho
¡borrar las esperanzas de mi pecho!
¡dejarme triste, abandonado y loco!

Todas las iras del amor provooco,
llamo á todas las puertas del despecho,
y cual tigre, con sangre satisfecho,
la venganza, el desdén, la rabia invoco.

No te quiero matar, pues con matarte
mal tu traición infame vengaría...
Ni nadie te amará cual supe amarte,
ni te han de odiar cual te odio ¡vida mía!
Si estuviera en mi mano... ¡Es poco odiarte!
¡Otra pasión más fuerte inventaría!

II

RESURREXIT

Cansado de las luchas de la vida
donde se deja el ánimo abatido,
muerta la fé y el corazón herido,
y el alma ensangrentada y dolorida,
busco la hermosa paz apetecida
en la ignorada aldea en que he nacido,
que allí he de hallar como en caliente nido
la dulce calma y la ilusión querida.

Pienso que el fin será de mi calvario
el pobre pueblo en que creció mi cuna;
por eso al divisar en lontananza
la silueta del tosco campanario

bañado por los rayos de la luna,
¡siento que reverdece mi esperanza!

III

FENIX

Yo amé con ansia por la vez primera
á una mujer de celestial figura,
y en el sagrado altar de su hermosura
dí en holocausto mi ilusión entera.

Fué su amor como niebla pasajera,
como arroyo que corre en la espesura,
y el corazón amando con locura
murió en el fuego de amorosa hoguera.

Hoy vuelvo á amar; mi corazón anego
en un mar de ilusiones y palpita
con nuevo impulso, de entusiasmo ciego
y con sed, de pasiones, infinita
cual Fénix, consumido por el fuego,
¡de sus muertas cenizas resucita!

GIL PARRADO

HISTÓRICO

Un diputado andaluz
que era un prodigio de gracia
y hombre de flemma que todo
lo supo tomar con calma,
gobernaba una provincia
de las de más importancia.
Una noche entró un portero
á despertarle á la cama
porque un incendio tenía
la capital alarmada.
—¡Hola!... ¿Qué traes á estas horas?
—¡¡Fuego!!—y volviendo la espalda
contestó el gobernador: -
—Gracias; no fumo en la cama.

L. M.

✦ MARÍA GUERRERO ✦

I



s una artista de la manera más segura y sólida de que pueden serlo las mujeres: sin dejar de ser hembra. No le conviene al arte el anafrodismo; y por eso, las mujeres podrán distinguir más y mejor en aquellas manifestaciones de la habilidad en que, lejos de violentar la tendencia del sexo, pueden favorecerle, secundarle con sus esfuerzos excepcionales en una vocación bien definida. El arte de la escena es muy apropiado para la mujer, y han dejado de aprovechar grandes fuerzas estéticas los siglos y civilizaciones que, por perjuicios de uno ú otro género, no han consentido que las creaciones del poeta fueran representadas en el teatro por mujeres, cuando les correspondía.

Observando, no hace muchos días, de cerca y con disimulada atención el carácter, las ideas, los propósitos y gustos de María Guerrero, he podido confirmar esta opinión: de que el arte del cómico se adapta muy bien á la natural tendencia femenina. La Guerrero es toda para su vocación, para su arte; no ve en la escena una industria, ni un palenque de vanidad, ni menos un espejo de coquetería; ve un templo en cuyo culto la mujer tiene funciones bien importantes y bien determinadas. Sabe, más por instinto que por reflexión filosófica, que su cometido no es *crear*, sino interpretar. El poeta engendra, el artista de la escena *concibe* (entendiendo) y *da á luz*, *hace ver* lo que engendró el poeta. *Hágase en mí según tu genio*, dice el artista de las tablas. El buen cómico necesita empezar por estas cualidades tan propias de la mujer: la *pasividad* apasionada, el sacrificio; no la invención sino la *conservación*, el cuidado, la asimilación, la simpatía.

El cómico vanidoso, ignorante, en el fondo, de su oficio, que se cree lo *principal*, el *creador* y por lo menos *igual* al poeta, no será nunca el perfecto intérprete dramático. Y quien dice el cómico dice la cómica. Sara Bernhardt (á quien yo admiro de todo corazón), tiene por principal defecto esa superioridad absurda á que aspira; es su genio, sí, pero demasiado *masculino* para su arte. Sus caprichos, sus genialidades, sus pretensiones de capitán general, y hasta *cesáreas*, son, en rigor, prueba de mal gusto, un límite triste de su talento. El *sprit*, la *originalidad*, las *boutades* de Sara Bernhardt, le rebajan, pues le hacen descender de las alturas del verdadero genio artístico á la vulgaridad del talento gracioso y picaresco de un Richepin, de cualquiera de esos distinguidos *snobs* de la estética aventurera. Sara, pretendiendo que los dramas sean para ella y

no ella para los dramas, desconoce la capital condición de su arte y se hace, en este respecto, inferior á otras artistas más *femeninas*, más dóciles, de más conciencia, menos *refractarias*, que cumplen mejor con el poeta, aunque no sean tan inspiradas. Se puede decir que á la Bernhardt le perjudica todo lo que en el arte tiene de hombruno.

Cuando el cómico se cree *umbilican artis*, quicio de la escena, todo se trastorna; no se busca poesía, se buscan papeles; no ve la preocupación idolátrica del milagro de la representación que, según la vanidad, puede convertir lo malo en bueno: el cómico cree que él, salva las obras, que aunque no valgan puede hacerlas valer; le es indiferente el mérito del autor, hace alarde de una mal entendida democracia artística protegiendo á los desconocidos; tiende á demostrar que, como él quiera, el genio se hundirá y se salvará la medianía; por él acierta mejor el poeta un día, cree que le hace un papel que le gusta, que *se presta* á lucir facultades, que es poeta verdadero, el cual piensa en algo más importante que las particulares ventajas del actor insigne. El cómico vanidoso, absorbente, aspira á tener *un estilo* como un poeta lírico ó un creador, sin ver que *su estilo* debe consistir en saber desfigurarse, en ser un Proteo, en *fluir siempre*, como diría Heródoto, en vivir en él, variar, en no ser *así* ó de la *otra manera*, sino de todas las necesarias y nunca el mismo. El cómico dictador, el que se cree *deus ex machina* lleva su probable mal gusto á la vida ordinaria del teatro, hace que se repartan con preferencia las obras de las medianías hábiles, de los *mecánicos* que le ayudan á lucirse, á estrenar trajes ó gritos, desplantes ó posturas. Cuando así se invierten los papeles de poeta y actor, pasa algo análogo á lo que se expresa al decir que en una familia... la mujer se pone los pantalones...

En cambio, cuando el actor comprende el cambio propio de su oficio, dulcemente, por amor al arte, la supremacía, la iniciativa se las cede al poeta: hartos le queda á él que hacer, admirar, comprender, sentir para poder asimilar, expresar, interpretar, transparentar: el poeta es la luz, el actor el fanal que la deja pasar brillantándola.

Cuando el cómico es hembra, que no reniega de su sexo, todo va como una seda: miel sobre hojuelas. El arte de la escena es arte femenino. Por eso, desde la época en que á la mujer se le permitió ya subir á las tablas, ha habido tantas actrices célebres, casi más que actores; mientras en la poesía, en la música, en la pintura, en la escultura, las artistas eminentes son excepciones rarísimas.

CLARIN

(Concluirá).

CARTAS



PARISIENSES

Mi querido Director:

Acabo de recibir el telegrama que ha tenido usted la bondad de dirigirme, encargándome que represente en París á LOS APUNTES y que le remita á usted crónica semanal de la *Villegiature* que acabo de comenzar... Acepto el encargo que viene de mi querida España trayéndome con él las auras de la patria nativa á esta tierra de adopción que amo tanto y que también me tiene encadenada.... Escribiré cuanto sepa y cuanto pueda. Un poco de modas, algo de literatura y absolutamente nada de política, de esa enfadosa política *bête noire* de nuestros amigos y de nuestros maridos... Lo que no sé es si mis cartas serán del agrado de usted, por que debo confesarle que ya no sé escribir á los hombres... Soy demasiado fin de siglo para perder en eso mi tiempo.

Escribiré pues para las lectoras de LOS APUNTES y

así podrán ellas entenderme mejor y á mí me será más fácil hablarlas de ciertas íntimas observaciones que, dichas ante hombres, enrojecerían acaso más de lo conveniente las mejillas de alguna linda suscriptora.

Mañana prepararé mis maletas, tomaré un billete para *Trouville*, abandonaré París y sabe Dios á donde iré á parar, á Ostende, á Escocia, á donde me lleven las corrientes de la moda.

De todas suertes en la plataforma del *Sleeping-Car* ó en la borda de los achatados vaporcitos que surcan los poéticos lagos de Escocia, escribiré despacio y diariamente cuanto vea y cuanto crea digno de mención.

¿No es esto lo que usted desea?; pues sirva mi carta de aceptación de su encargo y hasta mi próxima.

Suya afectísima,

SEVERINE

París 15 Juillet

LOS LEONES DE PARISH



¡Vaya si están dando juego los animalitos!

¡Y qué coraje deben estar haciendo!

En mi opinión, antes de mucho, los selváticos esclavos de Mr. Sioni van á comerse algún señorito.

Hay quien opina lo contrario.

Dícese, y no sin fundamento, que á fuerza de visitas y de halagos, los leones susodichos acabarán por entrar de lleno en el campo de la civilización y á ofrecer el espectáculo consolador de andar sueltos por la pista del circo, donde se hospedan, saludando á la concurrencia con suaves inclinaciones de cabeza y amables sonrisas.

¡Ojalá se cumpla la profecía!

Tal vez la mansedumbre de los reyes de la selva, ayer feroces hijos del Atlas, hoy animales domésticos, sea un lazo de perpetua unión entre Madrid y Fez. Ya se ha visto recientemente que la diplomacia está por encima del Maüsser.

La verdad es que se va perdiendo el miedo á los leones, y no es aventurar gran cosa el suponer que á fines de la temporada actual medio Madrid se habrá colado en la jaula de los animalitos de Parish.

Los visitaron con sin igual bravura dos títulos de Castilla, sin anunciarse el uno, y á bronce herido el otro, reservando ambos modestamente sus nombres, por supuesto, de las publicidades del cartel, y sin duda alguna inflamado por el fuego de la rivalidad, un apre-

ciable peluquero se sintió héroe de repente y penetró en la jaula dispuesto á afeitarse al domador en presencia de los leones.

Y empezó efectivamente á afeitarse, sin que los movimientos de la brocha denunciasen anormalidad en el pecho del bravo Fígaro, sin que la nariz del domador viérase manchada por el jabón que hubiese podido poner en ella la torpeza que el miedo impone á todos los actos de cualquier servicio.

Todas las operaciones que preceden al imponente momento de empuñar la navaja, fueron hechas con sangre fría y admirable precisión.

Si acordándose de una de las más portentosas creaciones del inmortal dramaturgo inglés, hubiera dicho alguien: «¿Tiemblas, peluquero?» seguramente la pregunta hubiera sido contestada con un *no* claro y rotundo.

Mientras el peluquero afilaba diestramente la navaja haciendo servir de cuero el delicado cutis de la mano izquierda, no se oía en el circo ni el vuelo de una mosca; hasta la respiración del público parecía haber quedado suspendida.

Corrió por fin la navaja sobre el rostro del domador, que se dejaba hacer con asombrosa imperturbabilidad, crecía la ansiedad de la concurrencia y... *media noche era por filo*, es decir, media cara había afeitada, cuando el peluquero, sin dar el agua ni poner con la borlita consabida los astringentes polvos de arroz, salióse de la aula entre el ensordecedor ruido del aplauso público.

¿Por qué abandonaba la jaula antes de



tiempo? ¿Porque temía que los leones excitados por la emulación le hicieran á él la barba?

No; el *bravo* peluquero salió de la jaula—antes de tiempo, según se dice, porque yo no lo he visto,— como diciendo: «para muestra, basta un botón.» Como le he afeitado á este señor media cara, le hubiera afeitado de cuerpo entero á ser preciso, que no lo es.

¡Bien por el artista *en pelo*!

Su conducta es digna de un grande hombre.

Yo que llevo la barba desde tiempo inmemorial, he resuelto afeitarme desde hoy para contribuir con un abono al engrandecimiento de los salones de peluquería, ennoblecidos por el valor de uno de sus más modestos oficiales.

Hace cuarenta años que soy calvo, y no lo he sentido hasta ahora.

Tal entusiasmo siento por las peluquerías, que quisiera vivir agobiado por la necesidad de pasar en ellas la mitad del día para poder salir decente y limpio por esas calles.

Quién me diera la cabellera de Absalón y las barbas del Capitán Ariza, para *enredarme* con Genaro diariamente á las nueve de la mañana, á fin de que me *desenredara* su habilidad portentosa en materias capilares.

Gracias á ese peluquero insigne, todo el mundo se atreve con los leones; todo el mundo, parodiando á D. Quijote, dice: «¿Leoncitos á mí? ¿A mí leoncitos?»

Sobre el inteligente director del circo de Parish, el buen D. Antonio Pérez, está cayendo copiosa lluvia de peticiones escritas y verbales.

He aquí fragmentos de algunas de las primeras:

«Usted puede asegurar mi porvenir.

Si no me asustan los perros hidrófobos, ¿cómo han de asustarme esos leones tan hombres de bien?

Suéltelos usted en la pista, que yo y mi compañero los sujetaremos antes de que salten desde la arena á las sillas.

Pepe, lacero municipal.»

«Si usted me favorece, aseguro mi porvenir.

Me atrevo á dormir tres horas en la jaula de los leones.

Ya lo creo que me atrevo. Duermo en el quicio de una puerta.

Un golfo.»

He aquí ahora unas cuantas conversaciones tomadas al oído:

—Le digo á usted, D. Antonio, que lo hago, sin anestésicos ni demás infundios de esa clase.

—Es muy arriesgado lo que usted pretende.

—¡Ca, hombre! Mire usted, yo entro en la jaula; el león se viene hacia mí con la boca abierta, le coloco la llave inglesa en su sitio y le extraigo el colmillo de un tirón. Y hago más; despierto la gratitud del animal, porque cuando se disponga á hacerme trizas, le doy un enjuague que le alivie el dolor, un enjuague cargado de morfina, y el animal se duerme mientras yo paseo triunfante el colmillo ante la multitud entusiasmada.

—Sí, hombre, sí... Entramos en la jaula la señora y yo.

Insulto al león, le llamo cobarde y mal caballero si no me entiende, le excito pegándole, y cuando vaya á lanzarse sobre mí, me abroquelo en la señora.

—Y se la come.

—Mejor; eso es lo que busco; la señora es mi suegra.

¡Y... un colmo!

—Me pone usted dentro de la jaula un velador con recado de escribir.

—Las cuartillas las llevaré yo. Me dan pies forzados y escribo tres sonetos.

—Solo, en la jaula, y en presencia del león.

—¡Sí, hombre, sí... Me quedo solo en el despacho con... mi editor!!!

No quise oír más y le dije á D. Antonio: «Anúncielo usted en los carteles.»

RAFAEL MARÍA LIERN



—¡Qué de cosas le diría á V. si yo no fuera menor de edad!



—*Gueno*, pues mira, primero unos caracoles, luego unos callos, y después de los callos...

—La escofina Losada.



Las obras del genio nunca mueren. Ahí tienen ustedes el *Tío Vivo*. Digo, «ahí», precisamente, no; pero sí en el Jardín del Retiro, restaurado. Los clásicos se van y vuelven; para ellos hay temporadas de moda.

El *Tío Vivo* es un ejemplo elocuente. Fué máquina diabólica por los siglos xv, xvi y xvii; honesto divertimento de damiselas, currutacos, manolos y manolas, y llegó hasta nuestros días, con la sencillez primitiva.

Para el hombre pensador, para el poeta triste, nada como unas cuantas vueltas en aquella «maquinaria vertiginosa».

Nada como el *Tío Vivo* para abstraerse del mundo que les rodea.

Y para la nodriza «con soldado que abone su conducta» y para éste, cuando acompaña á la susodicha, no hay alegría ni movimiento que iguale al del *Tío Vivo*.

Para el tierno infante, ya es otro asunto.

El pobre nene mira, durante la primera vuelta, cómo gira la tierra á su alrededor y se marea y se espanta y oculta la carita contra el seno de su nodriza, y cierra los ojos para no ver «la fin del mundo» que presiente.

¡Ah! ¿y el *Tío Vivo* instrumentado con tamboril y gaita?

¿Qué divertimento más alegre?

¡Oír, en el vértigo de la rotación, aquellas frases musicales, no á voces solas, sino á cueros solos; ver cómo se borran las figuras y los fondos, poco á poco; oír rechinar el eje del aparato, presintiendo el desquiciamiento social!

¡Ah! ¡cómo sabían divertirse nuestros antecesores!

La restauración del *Tío Vivo* es un homenaje á los tiempos prehistóricos: un *da capo* á la edad de puntas.

Contemplando aquel ingenio de inventor anónimo, parece que se ve, caballeros en los medios jacos de madera, á los personajes de don Ramón de la Cruz, tal cual abate, algún guardia de corps, majas y petimetres y chisperos de la última vigornia social.

En lo alto de una de esas máquinas revolucionarias, había puesto una muestra de tela, el dueño, y en ella se leía el siguiente lema:

E pur si muove.

—¿Qué quiere decir eso?—le preguntó un cónsul de Liorna en Madrid.

Y el *Tío Vivo* ó sea: el descendiente del *Tío Vivo*, respondió:

—Es una cosa de la Constitución del año 12; como «La Unión es la fuerza», «El tiempo es oro»...

—«Peor es meneallo» y demás—añadió un circunsante.

Los reclutas del arma de caballería son muy aficionados á montar en el *Tío Vivo*; esto es, en los caballos del *Tío Vivo*.

La costumbre.

Los infantes no son tan afectos á la maquinaria tradicional.

Las chicas del ramo de cocina, se divierten mucho en el columpio.

Un «melitar» de la clase de tropa, ó un hombre civil del servicio doméstico, supongamos, no han de salir á paseo un día festivo, con su novia cada cual, sin convidarla.

Ya que no la lleven en coche, por lo menos han de llevarla en *Tío Vivo*.

¡Y que lo agradecen ellas poco!

Es uno de los «despilfarros» mejor empleados, para una mujer que «distingue», como ellas dicen, que siente aspiraciones elevadas.

A falta de caballo auténtico, son amazonas del *Tío Vivo*.

El del Retiro es el centro indicado de las jóvenes «volterianas» ó amantes del «volteo»; y de los chicos de buen humor y delicados de dinero.

—Me hago la ilusión—decía un joven á su novia, cabalgando á máquina, gracias á los esfuerzos de un mecánico á brazo, motor animal aunque modesto.

—¿De qué, Herminio?—preguntó ella.

—De que te robo y te llevo á caballo...

—¿A un castillo?

—No, hija, á baños.

—¡Ah!—murmuró la chica.

Y calló, como si estuviera diciendo á sí misma:

—¡Si cayera esa breva!...

En las noches de luna y en las de luz eléctrica, será de buen tono este verano presenciar el desfile de las hadas giratorias, envueltas en finísima batista blanca, azul ó rosa, y de

aquellos jóvenes enamorados y vestidos con ternos de esos de papel de envolver.

Cochecillos y caballos, girando con rapidez espantosa y las faldas de las aéreas doncellas, bien de profesión ó bien de nacimiento, flotando en el aire como plumas, ó ya como estelas que dejan á su paso por los espacios.

¡Combien de poésie!—según exclama uno de nuestros últimos escritores, en un arranque de imbecilidad políglota.

Un matrimonio mayor de edad montó noches pasadas en el ingenio del *Tío Vivo*, en el Retiro.

—Vaya usted á media máquina—dijo el caballero al encargado del movimiento del mundo—porque mi señora se marea y no es cosa «de que se caiga».

—No tenga usted cuidado—replicó el «siervo motor»—hay dependientes encargados de recogerlas.

E. DE PALACIO



¿Á QUÉ VAN USTEDES Á LOS JARDINES?

DIBUJOS DE J. GAMARRA



A convencerla.



A deslizarnos ligeramente.



A soplar en los intermedios, porque después de todo la vida es un soplo.



Yo no voy, porque ya estoy aquí.



A ver la segunda bailarina de la derecha que me pone unos ojos... ¡pero hay que comprimirse!

Ayuntamiento de Madrid



A ver á la horchatera, porque á mí lo demás me tiene sin cuidado.



A hacer flin flan, pas de buré y otra porción de cosas.



A sentarme un ratito aquí al fresco. Y á meterme en la cama después.

HISTORIA DE UN BASTÓN, ESCRITA POR SU PROPIO PUÑO

Á JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Yo he sido siempre tímido como un *junco*, tan tímido que en la bastonería, nunca me oyó nadie decir, este *puño* es mío, bien es verdad, que estaba muy cohibido, por aquellos *roten* serios y y graves y por las *cachiporras*, que en ninguno de los momentos dejaban á nadie meter su *contera*.

Como la fuerza estaba de su parte, abusaban de los demás y bien sabe Dios, que sin la intervención oportuna de los bastones de *mando* que con su autoridad se imponían y la de los matones de la casa, que eran los de *estoque*, hubiera ocurrido un conflicto diario.

Todavía recuerdo el último, que fué de *garrotazo y tante tieso*, por culpa de unas *cañas* que acababan de llegar de Cuba y de unos *palasan* que en aquella ocasión, el *puño*, se les hizo un *nudo*.

Pero la cosa se arregló felizmente, terminando en juerga de cante y de *palmas bravas*, y bebiendo *tres palos cortados*, hasta que al amanecer todo el mundo se fué á su *bastonera* con la *contera* tambaleándose.

Ya he dicho, que soy muy tímido, hasta el punto de que nunca delante de una *sombrilla*, puedo alzar la vista—no, porque dejen de gustarme, sino por corteidad, por más que en asuntos de amores tengo muy mala suerte, pues una *sombrilla* con la que tuve relaciones y á quien creía formal, resultó tan ligera de *varillas*, que se escapó con un bastón de *cuerno*. Por consiguiente, yo deseaba el día en que como otros compañeros, recobrase mi libertad, saliera de allí, recorriera mundo y ese día llegó.

Una mañana, *del sol al primer reflejo*, entró en la tienda un joven, *al parecer decentemente vestido* (como dice la prensa de los que se suicidan) y pidió bastones, yo adelanté dos pasos, el dependiente me frotó la cabeza para que el metal brillase, y el joven dijo ¡éste!

Frase sacramental, *taboú* sagrado, por el que me encontraba redimido de la esclavitud de la tienda.

Llegamos á una calle situada muy lejos de mi antigua cárcel, mi amo silbó, á los pocos momentos se destacó en un balcón la figura de una mujer muy guapa, la conversación debía ser agradable, porque mi dueño jugaba conmigo y me pasaba de una mano á otra con marcadas muestras de satisfacción. Aquella tarde fuimos á los toros.

¡Qué baraunda!

Cada vez que un señor que estaba en un palco sacaba un pañuelo, se armaba un escándalo monumental. Yo tomé parte en la gresca, y gritaba dando con la *contera* en el tendido: ¡No lo entiende usted! ¡No lo entiende usted! ¡Burro! ¡Burro!

Aquello me gustó.

Por la noche asistimos al estreno de una obra en tres actos. La cosa no le debió satisfacer á mi señor, porque con frecuencia me hacía dar en el suelo con todas sus fuerzas y otras me dejaba caer.

Algunos le mandaban callar, pero él seguía imperturbable.

Oí que le llamaban reventador.

Toda la noche estuve así, y al día siguiente como consecuencia de esto tuve necesidad de arreglarme un poco, naturalmente, tres actos desgastan al de mayor *contera*!

Algunas tardes íbamos al Congreso, y allí forzosamente tenía que separarme de él porque no me dejaban entrar, y me enteré por algunos compañeros míos que también se quedaban en la bastonera, de que precisamente allí en el Congreso hacía falta, y luego siguiendo este orden de ideas, llegaron á decirme aquellos bastones parlamentarios, que justamente en cosas relacionadas con la política, como las elecciones, tomábamos una parte activa.

En fin, de algo íbamos á hablar.....

Muchas noches asistíamos á los Jardines del Buen Retiro, y ya se sabía, noche que íbamos cuestión, yo no sé qué demonio sucedía, pero era cierto.

Otras nos íbamos á cenar á algún gabinetito reservado con alguna mujer... y mientras el amor organizaba sus baterías, yo me iba á la percha, respetuosamente, y me colocaba debajo del sombrero de mi señor.

Mi existencia así transcurría, de fiesta en fiesta, de juerga en juerga, yo muy contento, más que nunca de mi nueva vida, tomando parte en todo, hasta que mi dueño decidió formalizar su situación y casarse, con aquella chica de que antes hice mención, y ante cuyos balcones nos deteníamos todos los días al pasar.

La boda se verificó, aquel día no pude asistir y lo sentí, porque según me dijeron no se casa nadie con bastón.

Mi vida cambió por lo tanto, ya cesaron todas aquellas alegrías y expansiones y me pasé tres meses oyendo nada más: ¡te quiero! ¡te adoro!, etc., etc.

Después de estos tres meses vinieron otros tres, y luego un niño rubio y hermoso como los ángeles de Rubens.

Mi destino entonces fué otro, entretener al niño, jugar con él, y luego cuando fué mayorcito, servirle de caballo para correr por la casa.

Esta paz y esta tranquilidad que disfrutábamos se interrumpió por la infidelidad de aquella mujer, á quien mi dueño amaba tanto.

Un amigo oficioso se lo advirtió, no con el anónimo que oculta la calumnia, sino con los fueros de la lealtad.

La noticia resultó cierta, el adulterio se probó y ciego de ira, descompuesto el rostro y con los ojos pregonando coraje, me cogió mi señor y... dió fin de mí en las espaldas de aquella á la que tanto había amado.

Caí al suelo hecho astillas, no quedando de mí más que el *puño* para contarlo.

Y ahora sólo me resta decir con el poeta:

¡Oh juncos, oh bastones
de los pasados días...!

LUIS GABALDÓN

EN EL ESTUDIO

DE GARNELO



Entre la pléyade brillante de pintores que con el empuje de su paleta colocaron á gran altura los prestigios de la pintura española, en la Exposición de Bellas Artes del año 1887, se destaca con toda la energía de su temperamento meridional la figura de José Garnelo.

Nacido en las floridas orillas del Turia y educado en las soñadoras y pintorescas márgenes del Guadalquivir, Garnelo apropióse á su temperamento todos los matizados cambiantes, toda aquella hermosa orgía del color, todo el ambiente de Andalucía, amalgamado con los pronunciamientos de una imaginación soñadora y febril.

Por eso á la delicadeza, á su modo blando y dulce de pintar, únese la nota unas veces trágica y otras idealista que imprimen á sus obras un carácter perfectamente propio y exclusivo, con fisonomía y sello especialísimo.

Garnelo, antes que pintor, antes de revelarse en él la magia del color, fué poeta y autor dramático, y todavía resuenan allá en su cerebro los aplausos de sus comedias.

Como poeta esgrimió sus primeras armas en un periódico de Montilla, que dirigía su padre y que se titulaba *El Anunciador Montillano*, donde no solamente escribía, sino que dibujaba y grababa, sin duda para justificar aquel precepto que parodiado era *la letra con monos entra*.

Terminados sus estudios del bachillerato, pasó á la Universidad de Sevilla, donde era su propósito estudiar la facultad de Filosofía y Letras, que no pasó de proyecto, pues ya se reveló de cuerpo entero su decidida afición á la pintura, consolidada por la admiración que producíanle las obras de Murillo, Zurbarán y Valdés, que en aquel Museo se conservan, donde Garnelo se pasaba los días abstraído en la contemplación de los maestros.

Su decidida afición hizo que D. Francisco Requena y D. Eduardo Cano fijasen su atención en él y le encaminasen por seguras y sólidas bases, para perfeccionar sus grandes deseos y ponerle en camino de realizar sus aspiraciones.

Sus primeros trabajos tuvieron el honor de ser premiados en la Escuela de Bellas Artes.

Pasado algún tiempo, Garnelo vino á Madrid recibiendo las primeras lecciones de aquel pintor, cuya paleta, cubierta de negro crespón, llorará siempre el arte, de Casto Plasencia.

La influencia vigorosa y enérgica del maestro, se dejaron sentir de un modo notable en el discípulo, determinando en sus concepciones de artista, nuevos derroteros, como así lo demostró en una hermosa composición que hizo para decorar el techo de una iglesia, admirable por la riqueza de colorido.

Acrecentada su fe, volvió á Sevilla, donde llevó á

cabo uno de sus cuadros más hermosos, *La muerte de Luciano*, que justamente llamó poderosamente la atención de todos los visitantes á la Exposición de 1887, obteniendo de aquel jurado una segunda medalla, aunque á mi entender merecía los honores de una primera.

Ya desde aquí los triunfos de



Corazón y dogma.

Garnelo fueron rapidísimos, con las obras que presentó en los siguientes certámenes, tales como el discutido cuadro *Un duelo interrumpido* (que ahora se encuentra en Alemania), y una de las más gallardas muestras de la paleta de Garnelo; *La llegada de Colón*; *Cornelio*; *Lectura del Quijote*; *Después de Montecarlo*; *Duda*; *Aspasia*; *Coriolano*; *Corazón y dogma*, y otras muchas, siendo la última *Dolores*, que todo el mundo habrá admirado en la Exposición del



Apunte inédito.

Círculo de Bellas Artes, recientemente celebrada, y que ha sido adquirida por Su Alteza la Infanta Doña

Garnelo está en la cumbre de su talento. Mucho me prometo de sus condiciones y sin temor



Suicida por amor.

Isabel, entusiasta admiradora de nuestro queridísimo y eximio artista.

á equivocarme creo que de Garnelo se puede ser profeta sin ser desmentido.—G. DE LOS RIOS.

LOS SEÑORES CÓMICOS

Francisco García Ortega.



Es joven, elegante, abogado, García reformista, Ortega y galán. Todo en una pieza. Su decidida afición le hizo cambiar los escaños de la Real Academia de Jurisprudencia y el Foro por las polvorientas tablas del escenario de la Comedia, en donde mereció las simpatías de la concurrencia desde el primer momento por su naturalidad en el decir y su sencillez en el ademán.

Evitando cuidadoso el contagio de los malos cómicos, que tanto abundan, trató desde el primer momento de formarse una personalidad propia, anhelo que, si no ha realizado por completo, manifiesta claro y definido huyendo de imitaciones en todas las obras que representa.

Generalmente nuestros cómicos han escalado las tablas por sorpresa ó por accidente, sin más norma que su afición, sin más acicate que la necesidad. La ilustración de los más es nula, su cultura escasa. Algunos sospechan que D. Pedro I el Cruel, reinó antes que Isabel II. Hay quien cree que Rusia y la República Argentina están muy cerca de Filipinas; y en materia de arte, se imaginan que Romea fué el fundador del Teatro Martín y Valero del de la Alhambra... De autores sólo conocen á los de la casa, á quienes consideran con bastante desprecio por haberlos visto palidecer y contraerse en las noches de estreno.

Hay excepciones, no lo niego, antes bien me congratulo en consignarlo así, pero hemos de convenir á fuer de imparciales, en que son pocos los que se han presentado por primera vez ante el público con exacta conciencia de su misión, poseyendo la necesaria cultura general que el hombre de mundo necesita.

Excluyo de intento á los cómicos procedentes de la escuela oficial de declamación cuyo estudio me reservo para ocasión más oportuna.

La mayoría de esos comediantes que cosechan aplausos y dinero, se han formado poco á poco, entre bastidores, alrededor de la concha del apuntador, en el saloncillo y en la mesa del café aprendiendo al mismo tiempo que la jerga teatral, el trato de gentes y un ligero barniz muy superficial—que salta en cuanto se raspa un poco—artístico y literario. «La experiencia. ¡Ah! El conocimiento del teatro ¡Oh! He aquí su ciencia, su salvaguardia y su perpetua invocación para resolverlo todo, para imponer sus caprichos, para satisfacer sus ruines pasioncillas de compadre celoso tan frecuentes entre la gente de teatro.

Hay excepciones, repito, cuyos nombres acuden atropelladamente á la memoria; Romea, Catalina, Rafael Calvo, etc., etc., y á esta clase pertenece García Ortega, que entró en el teatro por derecho propio sabiendo algo más que leer y escribir.

Sí; ¡García Ortega sabe Derecho Romano y Economía política! pero no sabe ni en donde se ha metido ni para lo que sirve. Le han dicho que es un excelente actor cómico y está rabiando por representar... ¡D. Juan Tenorio! Ama el teatro moderno y se sabe de memoria, *En el seno de la muerte*. Y así en este batiburrillo de sus aficiones, su inexperiencia, la falta de buen consejo y de oportuna elección, le impelen á girar en todas direcciones, estropeando hoy lo que ayer dijo discreto, exagerando mañana lo que pasado dirá tal vez con frialdad y sin matices.

Desigual é incorrecto, sus buenas condiciones más se adivinan que se comprueban.

Es más esperanza que realidad y no debe atenuar sus oscilaciones con la juventud. Está en la época en que el actor después de revelarse se forma, malo ó bueno pero cabal, de un solo golpe; y si continúa sin estudiar seriamente, sin sacudir el torpe yugo del mal gusto y de la afectación que le rodean, se expone á sumar como propios vicios y defectos que hoy

acaso sean reflejos de lo que ve y de lo que oye.

Mucho cuidado. Acuérdesse García Ortega, puesto que lo sabe, de que cuando el desgraciado Víctor Noir, salió de casa del Bonaparte homicida, sólo tuvo tiempo para llorar su peligrosa inexperiencia, gimiendo con la voz enronquecida por la agonía:

—¡No entréis ahí, que asesinan!

El recuerdo podrá parecer exagerado, pero á veces la muerte de un ideal es tan dolorosa como la de un hombre.

Todo esto si efectivamente García Ortega alienta fe honda y conciencia artísticas; que si no tuviere nada de eso, si se limitara á ser un cómico más ó menos distinguido, entonces... no hay nada de lo dicho y tanto peor para él.

LUIS PARIS

LAS DIVERSIONES

Coppelia es la novedad de la semana.

Un baile de espectáculo sin espectáculo, con el cual se inauguró el sábado anterior el hermoso Circo-Teatro de los Jardines.

La trama coreográfica está basada en un cuento de Hoffmann, y lo más notable del baile es la deliciosa música de Leo Delibes.

Los monólogos trenzados, las escenas de amor entre Swanilda y Frantz, muy bien dichas por las hermosas primeras bailarinas Signorinas Sozo y Stochetti, están admirablemente complementadas por el coro, es decir, por cuarenta ó cincuenta adorables criaturas de todos los rangos que salen allí á decir... una porción de cosas que yo no he entendido muy bien, pero que, según los inteligentes, están expresadas de una manera elocuentísima.

Verdad es, que, *Coppelia* tiene números preciosos que por lo menos hacen sentir sino contribuyen á hacer entender. Y váyase lo uno por lo otro.

Es lo bueno que tienen esta clase de espectáculos para los profanos en el arte de la Pinchiara; la traducción libre. Lo cierto es que los Jardines tienen por fin su tradicional atractivo, el teatro, y que, cada noche están más concurridos. ¡Enhorabuena, D. Pedrol

Hágala usted extensiva al Sr. Grasses, mi distinguido amigo, porque realmente, el teatro reúne todas las condiciones apetecibles de comodidad y frescura.

La compañía de zarzuela del maestro Cereceda...

Me reservo, hasta que estrene algo, si estrena.

MODERNO.

Es el amo.

El local está deliciosamente fresco, agradable.

Los simpáticos Ballesteros se han quedado cortando el bacalao, como dice la gente del bronce, y bien merecen por cierto el favor que el público les dispensa llenando su teatro constantemente, porque, á su esplendidez de empresarios llevan unida una simpatía personal sin límites.

Cepa-Club, preciosa revista vinícola de Limendoux, Merino y Rojitas, con música de Brull y San José, cuenta por llenos sus representaciones.

Sumen ustedes á la gracia de la obra, los méritos de artistas como la Arana, Medina, Sanz y Lasheras y los de Moncayo (que cada día tiene más salero) Ripoll, Carrión, Soler, Pablo Arana, *Gonzalecito*, y después un coro de chicas guapas y tendrán ustedes la justificación de lo bien que se pasan las horas en aquel teatro.

No influye, sin embargo, poco en la *velocidad adquirida*, la influencia del *viejo pastor*, la dirección de Liern, que, no hay que darle vueltas, es el primer director de escena que hay en España.

Adelante y á preparar con tino la temporada del invierno.

De los Circos... puedo decir poco nuevo.

Los leones ó no son auténticos ó van viniendo muy á menos.

Hoy entramos, digo, entran todos en la jaula y hasta se dejan tomar el pelo. (Los leones ¿eh?) Lo que prueba que no es tan fiero el león... etc., y que los reyes de la selva son unos infelices destronados.

RUSIA...

Eso está muy lejos y se me figura además, que se va poniendo una *mijita* cursi. Aparte, el que no me parece muy lógico, históricamente hablando, eso de la *Conquista de Méjico* en Rusia.

Servidor de ustedes,

TINIEBLAS

HIDROTERAPIA, por Cilla.

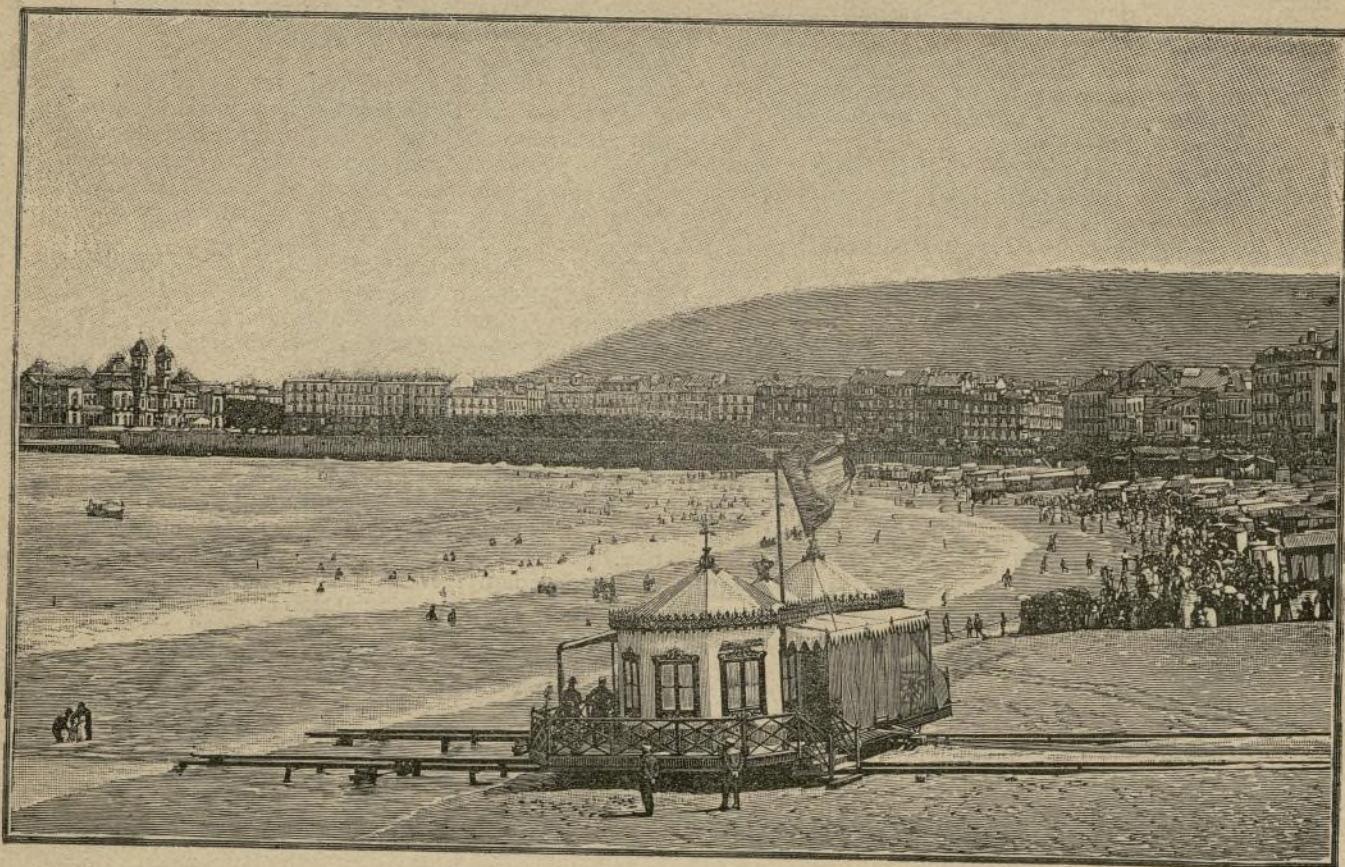


—¿Y qué diferencia hay entre las duchas y los baños de asiento?
—¡Ah! Pues una barbaridad. Las duchas son para la cabeza, y...



—Pero ande vas, ande vas... —Pus á bañarme toda. —Anda Dios, y qué mal gusto tenéis algunas.

BAÑOS DE MAR



LA CONCHA DE SAN SEBASTIÁN

La residencia de la familia real, durante los meses en que el calor con sus rigores estivales ahuyenta de Madrid á todo el mundo, ha hecho de la pintoresca capital de Guipúzcoa la segunda corte, trasladando á aquellos sitios toda la animación del Madrid elegante.

La encantadora playa de la *Concha*, por la mañana es el centro de reunión de toda la buena sociedad. La gente puede asegurarse que es la misma, allí como aquí: mujeres hermosas de vestidos vaporosos, provocativas miradas, seguidas de brillante estela de jóvenes de la *goma* que se disputan una sonrisa, una mirada; *chicos* de sangre azul que pregonan por la playa sus últimos triunfos, cantando sus amores rendidos; diputados que gesticulan y hablan acaloradamente, recordando la última batalla parlamentaria, las acentuadísimas luchas de la oposición; padres que, seguidos de numerosa prole, se lanzan á las aguas; mamás con buen acompañamiento de niñas pálidas y cloróticas que lanzan miradas lánguidas á los *pollos* para ver de atraparlos, por más que ¡ay! muchas de ellas no llegan á casarse jamás.

Hay también público de curiosos, gente que no se baña, pero que le gusta gozar del espectáculo, contemplar las airoas formas de las jamonas y las canillas de alguna, y no falta quien á través de los gemelos realiza un viaje pintoresco.

Esta animación, este bullicio hacen de San Sebastián una de las capitales á la moderna, más cómodas y confortables, y por eso no es extraño que se reúnan allí todas las personas de buen gusto.

BAÑOS DE RÍO



ORILLA DEL MANZANARES

Aquí, en cambio, no tenemos Concha ni playa, pero para los efectos consiguientes ahí está el Manzanares, cada día menos caudaloso y más roñoso de agua, deslizándose por las cabañas donde las lavanderas, en *airosos* tenderetes, cuelgan todas nuestras flaquezas y debilidades.

Haciendo numerosas sangrías en el río, se ha conseguido la instalación de multitud de casas de baños; es decir, aquilatemos, de barracones de madera, donde se hace la pantomima de los baños y la ilusión de que uno se sumerge en el agua.

El Manzanares tiene sus partidarios: todos aquellos que después de muchas *combinaciones* y de hacer muchas *martingalas*, no pueden ir ni á Collado-Mediano, y sufren las caricias del *hermoso febo*, obligan al hombre á refrescarse el *cutis*, de ahí la indispensable necesidad de zambullirse en el pintoresco río, más que para bañarse para tomar baños de arena, porque eso sí, el agua del Manzanares no llega á los tobillos, porque el baño se convierte de general en el tan acreditado de asiento; pero en cambio, la arena cubre la nuez y váyase lo uno por lo otro.

Otros se deciden por la tinaja, que es más módica y más honesta, y así se evitan lo que algunos *amateurs*, que después de bañarse en las *termas* de los Cipreses, se vuelven á pie á su casa á las doce del día, halagados por la brisa que satura el paseo de San Vicente, con lo que queda probado la eficacia del baño.

De todas maneras, si clásica es la Concha de San Sebastián, no lo es menos nuestro Manzanares, el *arroyo aprendiz de río*, y á quien ya por las trazas se le ha olvidado el oficio.





NOTAS VERANIEGAS.—Vista del jardín del Castillo de Mos, posesión del Marqués de la Vega de Armijo.

LOS APUNTES

REVISTA ILUSTRADA

Número suelto: 20 CÉNTIMOS

Cada número consta de 24 páginas, bajo elegante cubierta, y contiene artículos literarios y humorísticos, composiciones festivas, crónicas de actualidad, revistas de espectáculos, biografías, novela encuadernable, etcétera, etc.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA		EXTRANJERO		ULTRAMAR	
Trimestre.....	2,50 pesetas.	Semestre.....	6 francos.	Año.....	5 pesos, oro.
Semestre.....	5 —	Año.....	12 —		

Número atrasado: 50 céntimos.

ANUNCIOS.—Nacionales, 0,30 pesetas línea.—Extranjeros, 0,50.—Reclamos, 1.—Rebajas en los anuncios de importancia.

Se reciben en la Administración y en las principales Agencias de publicidad.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

ALCALA, 127, PRINCIPAL

Toda la correspondencia al Administrador.—No se devuelven los originales.

G. KUHN

42, CRUZ, 42

Gran Exposición de flores y coronas, en siete magníficos salones y veintidós galerías de cristal. La rotonda instalada en esta casa es maravillosa.

POLVOS DE QUIROGA.
(UNICOS DE REIGON) VENTA
EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS
CAJA UNA PESETA.

NUEVO SALÓN
DE
PELUQUERÍA
Puerta del Sol, 4

36, MONTERA, 36

— SEGUNDOS —

Es la Casa donde mejor pueden adquirirse preciosas alhajas y relojes de las marcas más acreditadas, procedentes de sus operaciones de préstamos, las cuales se llevan á efecto con la mayor prontitud y reserva.

MADRID: 1894.—Establecimiento tipográfico de Ricardo Fé, calle del Olmo, núm. 4, teléfono 1.114.

do, y de otra el movimiento de las avanzadas del ejército sitiador.

No habrá que decir si el muchacho estaba contento con ser vigía de la ciudad: que en los mozos son muy vivas las curiosidades y para ellos muy gustosas las de la guerra, y así que, no bien vió Zamarreta allá á lo lejos hacia la tierra de Salamanca, espesa nube de polvo por entre la cual se veían brillar, como chispas, las puntas de las lanzas y oyó el ruido del galopar de caballos, todo con semejanza á trueno y relampagueo, turbonada de tempestad enderezóse y, saltarín y ligero como un gamo, tornó á Ciudad Rodrigo con la noticia de la llegada del esperado refuerzo.

¡Los charros! ¡los charros! ¡los bravos lanceros de Julián Sánchez!

Esta nueva fué recibida con júbilo en la ciudad. Y Zamarreta fué aclamado, por los sitiados, con entusiasmo.

Ciudad Rodrigo no sólo iba á resistir, manteniéndose en heroica defensiva, sino que contando con los lanceros tomaría la ofensiva, revolviéndose de continuo, y seguramente contra el formidable ejército francés que sitiaba la plaza; aquella plaza de insegura defensa; aquel pueblo antiguo que, sobre un pequeño cerro, como sobre una peana, más parecía un juguete ó caserío de nacimiento que fortaleza ó ciudad de guerra, y se ofrecía con sus viejos muros, su falsa braga, sus 5.498 defensores, entre soldados y voluntarios urbanos, á soportar el cerco del ejército de Ney, 12.000 hombres, teniendo, no lejos, á Mesena con 66.000 infantes y 6.000 caballos, y á Junot y Mont-Brun, de otra parte, con 40.000.

¡Tiempos heroicos!

Presto llegaron á la plaza los 240 charros, vaqueros y pastores, leñadores y labradores convertidos hombres de guerra.

En la plaza y sus alrededores se habían hecho extensos pozos de lobo; se taló la alameda, haciendo caer despiadadamente los robustos troncos, bajo cuyas frondosas copas tantas alegrías habían sonreído en tiempo de paz; embrozaron, después, con ramaje y

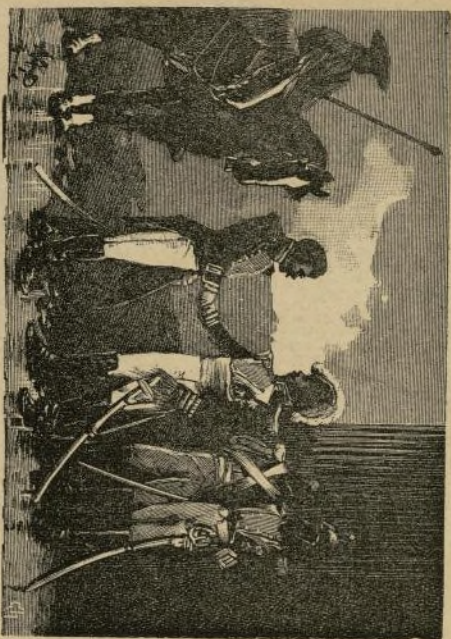


cascajo las zanjas naturales; se dispusieron, mañosamente, otras por artificios estratégicos y, en fin la ingeniería militar y el incansable brazo del obrero dieron al terruño la intención, la magnitud y la astucia de la guerra.

La Patria, he aquí la principal razón de la defensa y de la resistencia.

El general Pérez Herrasti, paisano de Alvarez de Castro, y hombre de igual á este temple de alma, austeridad de conciencia y grandeza militar, recorría las calles avivando el gozo guerrero de la muchedumbre.

Aquel un día, como hemos dicho, la ciudad celebró con alborozo la entrada de 240 jinetes de los voluntarios de Ciudad Rodrigo, mandados por el capitán Julián Sánchez, gente brava que luego de haber mortificado á las huestes francesas, penetró atrevidamente en la plaza por la vía de Valdecarros.



—¡Ya tenemos brazo—dijo el general, estrechando la mano del gallardo capitán Julián Sánchez.

Allá, á lo lejos, en torno de la ciudad, velase engrosar y extenderse al ejército sitiador; de aquella red de miles y miles de hombres ibanse tendiendo los hilos; brillaban las armas al sol como

EL CAPITAN DE LOS CHARROS

EPISODIO

POR

JOSÉ ZAHONERO



MADRID

BIBLIOTECA DE «LOS APUNTES»

—
1894

Así por todos puntos se formaban en pequeños grupos las Partidas valerosas de guerrilleros que luego gloriosamente lucharon por la independencia de la patria y no todos aseguraban por ruidosas victorias sus acciones, sino que llevados principalmente del deseo de arrojar al extranjero, aceptaban derrotas y dolorosos encuentros con el propósito de entretener la marcha ó quebrantar las fuerzas del enemigo.

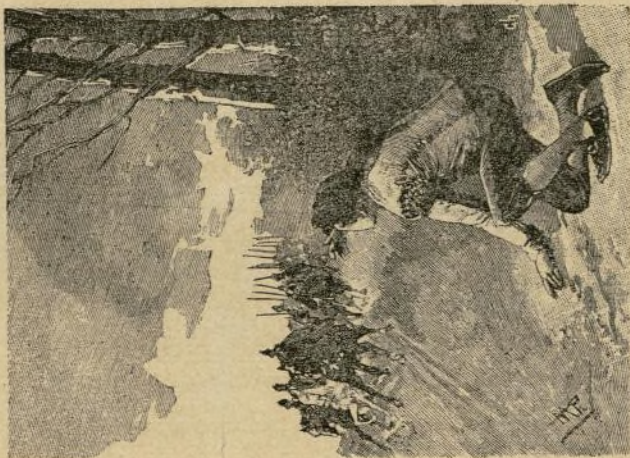
Y de heroísmos así, uno ofrece la historia digno de admiración y realizado por los charros.

II

Zamarreta había salido muy de mañana á la carrera, tan rápida como el vuelo de un vencejo, desde la ciudad á los montículos y tomillares laderos de la vía de Valdecarros. Bueno es decir que esto ocurría en los primeros días de Marzo del año, en glorias famoso, de 1810.

No bien hubo llegado el zagalillo al lugar que él tuvo por buen escondite para atisbo y espionaje, se agachó tras de unos zarzales y apoyándose por la una mano en la tierra y haciendo con

la otra mano visera, afiló la mirada y aguzó el oído atento á esperar celoso y astuto, de una parte la llegada del refuerzo espera-



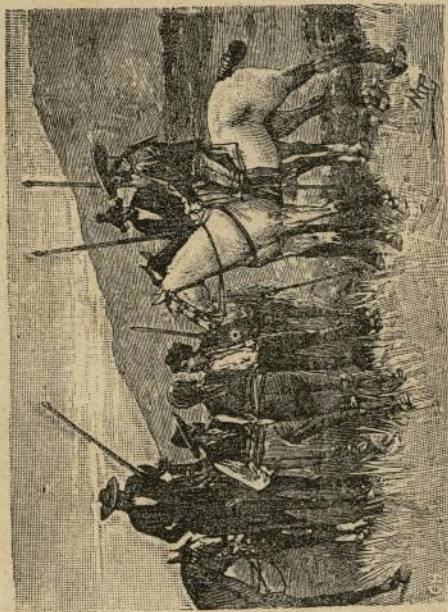
EL CAPITÁN DE LOS CHARROS

I

En uno de los montes más espesos por la frondosidad, y más apartados en las tierras de Ciudad Rodrigo, se juntaron á fines del año de 1809 varios campesinos, leñadores, pastores y cazadores furtivos, gente ruda y bravía parecida en su gusto por la guerra, en su tenacidad y en su entusiasmo á los soldados de Viriato.

Jeromo, el guarda, un viejo de recia complexión y ánimo valeroso, era el jefe de aquellos hombres.

Debían de convenir en el día y la hora para, formando numerosa partida marchar á reunirse con el más famoso caudillo, popu-



lar de cuantos por entonces guerreaban contra el ejército francés.

El viejo Jeromo se había hecho esperar, había dejado en Ciu-

dad Rodrigo á Zamarreta, su nieto, único pariente suyo, le había entregado sus ahorros, le había dado su bendición, y manifestándole que sentía mucho no poderle llevar á la guerra porque era el nieto demasiado joven, se había apresurado á reunirse con sus amigos.

—Dios nos guarde, dijo, al llegar donde ellos se hallaban.

—Alabado sea su nombre, le contestaron.

—Has tardado Jeromo, añadió un moceon de la cuadrilla.

—Mas no se ha perdido el tiempo.

—¿Qué hay de la gente?

—Mucha y animosa.

—¿Hombres?

—Verdaderos.

—¿Armas?

—No las suficientes, pero el comandante de Salamanca dará el resto.

—¿Y caballos?

—Iremos recogiendo cuantos hallemos al paso.

—El francés hizo ya requisa.

—Ann hay mucho caballo oculto.

—Sea. ¿Hacia donde nos dirigimos?

—A buscar al jefe.

—¿Jefe? Nos bastas.

—Tenemos jefe.

—¿Quién?

—Un charro.

—Los charros no entienden más que de toros y majeros.

—El que yo digo no es un majo, es un valiente.

—¿Lo habrá demostrado?...

—Viene demostrándolo y lo demostrará.

—¿Su nombre?

—Sanchez. Está loco de furor; el francés penetró en su casa. Todo lo incendió, y dió muerte á los ancianos, á las mujeres y á los niños, á toda la familia de nuestro hombre; cuando la venganza

inspira, el corazón no tiembla ante los peligros. Así, pues, en marcha.

—Oyeme antes, dijo un hombre de cuarenta años, moreno, torvo, musculoso y alto que hasta aquel momento no había desplegado los labios.

—Es necesario que sepamos cuántos seremos.

—Cincuenta no más.

—¿Del monte?

—Y del valle, pero gente dura.

—Buenos jinetes.

—Todos lo somos en el país.

—Manejan la lanza.

—Casi todos, y los que no la hubieran manejado pronto se adiestrarán en Salamanca. Sanchez es un gran maestro. No perdamos el tiempo. En el nombre del Padre, y del Hijo; y del Espíritu Santo. Padre nuestro, que estás en los cielos....

Todos aquellos hombres se arrodillaron y con las cabezas descubiertas, cruzadas las manos y en actitud de profundo recogimiento repitieron el Padre nuestro y tres Ave-Marias.

Partamos, dijo después Jeromo. Dirigió hacia la parte del caminejo de Ciudad Rodrigo una mirada de despedida acordándose del nietezuelo y empuñó con paso vivo su marcha hacia Salamanca seguido de sus hombres.

Por los campos, huyendo de la as-tuta vigilancia de los franceses, recogiendo hombres y armas y caballos, llegaron á la ciudad y bien pronto se encontraron entre los hombres del candillo popular Sanchez, y dispuestos á la guerra en combinación con el ejército español y más tarde con el ejército anglo-portugués,



Apenas estalla el júbilo popular, glorificando esta hazaña, cuando se siguen otras y otras hasta el 30 de abril en que bate á 200 caballos y 120 infantes y hace la terrible matanza de las tapias del cementerio.

Aquella caballería ataca siempre; entra, sale de la ciudad, campea libre, hace grandes presas en el ejército francés, lucha y vence siempre contra grandes masas de ejército. Cierta noche la traición prepara una arteria; algunos dragones franceses llegan hasta la avanzada de la ciudad sitiada, y al ¡quién vive! de los centinelas, contestan ¡lanceros de D. Julián!, y sólo una diligencia extrema pudo librar á los españoles de tan indigna villanía.

De continuo dirigía Ney á Pérez Herrasti proposiciones de rendición, todas rechazadas y la última con estas palabras, dichas al parlamentario francés:

—¿Cómo he de capitular si veo que hasta en este momento estáis perdiendo?

—¿Perdiendo el qué?—pregunta el oficial.

—El tiempo—replicó Pérez Herrasti con brusca y desdeñosa sonrisa y haciendo un vigoroso movimiento de hombros.

Herrasti, el corazón de la ciudad, se mantenía entero, era tan grande como el que dió aliento á Gerona; el brazo era invencible; la lanza y la caballería de Julián Sánchez jamás retrocedieron, eran del propio nervio músculo de Rui-Díaz de Vivar.

III

Sin embargo, hacia fines de Junio, después de días de un nutrido é incesante bombardeo, cuando mayor hubo de ser la mortandad dentro de la plaza, cuando más fiera era la popular resolución de no rendirse, cuando con más salvaje alegría se celebraba entre el hambre y la muerte una de las más victoriosas escaramuzas de Julián Sánchez, este fué llamado á consejo por el General.

Hallábase Andrés Pérez Herrasti paseando en la sala del Ayuntamiento; su faz estaba pálida, su frente ceñuda. Al ver al capitán se detuvo y dijo:

—Hemos vencido.

Julián Sánchez le miró asombrado.

Habían hecho resistencia con heroísmo; estaban resueltos á aceptar la muerte como Sagunto y Numancia, mas esto no era vencer. ¿Cómo destruir un ejército de cerca de cien mil hombres? Las palabras del General no pudieron menos de causar extrañeza á Julián Sánchez.

Herrasti, dijo:

—Es necesario salvar la riqueza que tiene la ciudad. Esta misma noche, mandará usted empajar los cascos de los caballos y mandará sus voluntarios, sal-

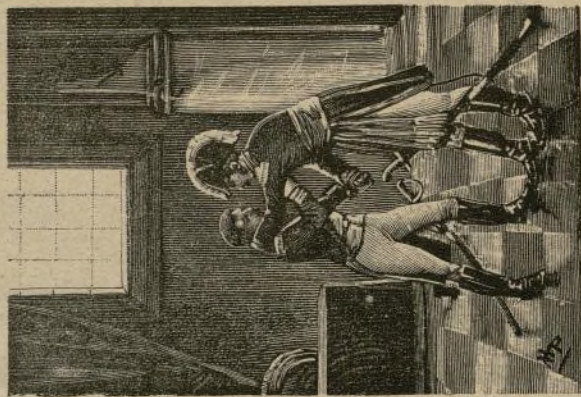
vando la línea francesa, á agregarse á la división de D. Martín de la Carrera.

—A sus órdenes, mi general, replicó con sumisión y no disimulada tristeza, Julián Sánchez.

—¡A mis brazos! señor capitán, contestó Herrasti profundamente conmovido.

Y aquellos dos titanes se apretaron fuertemente con tan vigorosa sacudida de varonil sentimiento, que más que muestra de fraternal afecto, pareció amago de lucha. Murmuraron entre ellos cor-

tas y muy rudas palabras; fué una despedida, un concierto; algo que pasó rápido y muy expresivo entre aquellos dos caracteres de bronce.



—¡Adiós!

—¿Capitular?

—¡Capitularé!

—¡Es una flaqueza!

—No, una victoria, replicó Pérez Herrasti, y separándose del capitán mirándole fijamente cruzó los brazos, y dijo:

—Hemos conseguido contener durante tres meses á un ejército de 80.000 hombres con una pequeña guarnición.

Hemos hecho posibles las evoluciones de Wellington des-



de Viqueu, á donde su plan le lleve. Y nadie nos ha socorrido.

Cuando Ney entre aquí, verá que no ha conquistado ningún punto estratégico, no hallará ni armas, ni cañones, ni banderas, sólo hallará entre muertos y heridos un puñado de valientes á quienes tiene que conceder los honores de la guerra. ¡Buena burla jugada por una centena de hombres á los primeros estratégicos del mundo! Ciudad Rodrigo ha flameado como un volcán, es una nube tempestuosa que va á disiparse después de lanzar el rayo.

A la madrugada siguiente los terribles lanceros de Ciudad Rodrigo, después de haberse abierto terrible brecha en la carne del ejército francés llegaban á Martinerado disparados como el rayo y centelleando, iban á recabar las victorias de las últimas empresas del invasor, capitaneados por Julián Sánchez, el caba-

Mayo escoltó Julián Sánchez á Crawford, que habiendo entrado á conferenciar con Pérez Herrasti, volvía á Gallegos.

Cerca del barranco del teso de San Francisco, es atacado el general inglés por 300 caballos y 260 infantes franceses, dirigiéndose unos á cortarle la marcha por la derecha y otros por la espalda. Nota el general inglés la superioridad de las fuerzas francesas, y propone á Julián Sánchez retroceder á la ciudad.

—¿Retroceder los voluntarios de Ciudad Rodrigo?—replica Julián Sánchez.—Más cómodo es morir.

Manda seguidamente tocar á degüello; se apodera de una lanza, y así como por destreza y brío la brida es lazo nervioso que le hace transmitir su inteligencia y su valor al caballo, y así como maestro en la lanza á todo movimiento da rapidez y seguridad, así concuerda y domina por hábil pensamiento táctico, aquellos 60 jinetes que le siguen y les obliga á la intención que él se propone y al heroísmo que él siente. Arrollan á la infante-



ria francesa, dispersan á los 300 dragones, degollando 50, apisonando 19 caballos, matando un jefe de escuadrón y apoderándose de un estandarte. Luego conduce al general inglés á Gallegos, déjale allí y retorna á Ciudad Rodrigo con los despojos de la victoria.